



## Capítulo 334 - Último día en prisión (Parte II)

La habitación estaba fría y húmeda, con paredes descascaradas por el tiempo y un olor ácido que parecía emanar del propio hormigón.

Fue allí donde los pocos prisioneros "liberados" recibieron de vuelta los restos de su dignidad — empaquetados en cajas pálidas y acompañados de miradas sospechosas.

—Esa loca... dijo que había creado esta prisión, pero simplemente reutilizó algún lugar... mentirosa Vergil pensó en su madre, quien había dicho que ella había "creado" este lugar.

Virgilio entró en la habitación con pasos firmes. El guardia que lo había escoltado hasta allí mantuvo la distancia, como si simplemente acercarse a él violara algún acuerdo silencioso de supervivencia.



Detrás del mostrador de piedra, un demonio esquelético con seis ojos y dos pares de manos nerviosas consultó los registros. Sus dedos temblaban ligeramente mientras leía, como si cada línea del pergamino registrara un pecado diferente.

"Lucifer... Celda 13... Pabellón 9..." El empleado tragó saliva con fuerza. "Artículos personales devueltos según registros. Un abrigo negro, tejido sintético infernal, categoría de alta resistencia. Ropa original—pantalones y camisa negros. Sin armas. "Sin accesorios mágicos."

Con manos temblorosas, el demonio empujó una pequeña caja de metal sobre el mostrador. Virgilio lo abrió lentamente, como si ya supiera lo que



encontraría. Se quitó la camisa, se la puso sobre su uniforme naranja roto y finalmente se puso el abrigo. La prenda se deslizó de sus hombros como si no estuviera allí—pesada, elegante, casi viva.

Cerró los ojos por un breve momento después de ponerse el abrigo. Respiró profundamente. No como si necesitara aire, sino como si aceptara el regreso de un antiguo papel.

Luego se enfrentó al demonio en el mostrador.

"¿Eso es todo?" -preguntó Virgilio con una ligera sonrisa en el rabillo de la boca. "¿No hay recuerdos? ¿Ni siquiera unas esposas de recuerdo?"

El empleado se rió nervioso. "J-sólo sus artículos registrados, señor. Es un protocolo p..."

Vergil dio dos pasos adelante. El demonio se congeló. La runa de seguridad sobre la puerta brilló por un momento—activada automáticamente por el miedo, no por el peligro real.

Virgilio se inclinó ligeramente sobre el mostrador, con esa misma mirada vacía y curiosa que hacía temblar incluso las sombras.

—Sabes... —comenzó, casualmente—... en ciertas cárceles estadounidenses, al menos te dan un café y un cigarrillo cuando te dejan salir. ¿Aquí? Ni siquiera un 'gracias por no matar a nadie' Vergonzoso."

El demonio se rió. Una risa alta y nerviosa que murió en su garganta cuando Vergil no parpadeó.





"Relájate", dijo Vergil, enderezándose. "Sólo estás vivo porque es demasiado pronto para que me enoje otra vez"

El guardia de la puerta se quedó quieto. Rígido. Un bloque de miedo disfrazado de disciplina.

Virgilio lo miró y sin dejar de sonreír comentó:

"Estás más quieto que un NPC en una escena...", comentó Vergil con desdén, lanzando una mirada perezosa al guardia frente a él. "Tranquilo, no te voy a pegar... a menos que me lo pidas muy educadamente."

El guardia no respondió. Ni siquiera parpadeó. Sus amplios ojos detrás de la visera mágica lo decían todo: estaba petrificado.

Vergil dejó escapar un suave suspiro, ajustando el cuello del abrigo negro que acababa de ponerse — ahora limpio, intacto, con el ajuste impecable de alguien que lleva su propia presencia como arma.



—Ahora... estoy vestido como yo —murmuró, como si el acto de ponerse esa prenda fuera el último clavo en el ataúd del mundo que lo encarceló.

Luego se dio la vuelta y señaló con el pulgar el collar mágico que tenía alrededor del cuello — grueso, lleno de runas selladoras que pulsaban de color rojo oscuro como heridas abiertas.

"¿Qué pasa con esto? ¿No se lo van a quitar?"

El guardia se tragó. "L-Lord Amon... dijo que... que te lo quitarías tú mismo..."



Virgilio levantó una ceja, como si hubiera oído un chiste de dudoso gusto.

"Por supuesto que lo hiciste."

Él tomó el collar.

Sin hechizo. Sin ritual. Sin palabras mágicas.

El collar explotó con un crujido agudo, enviando chispas arcanas y un silbido que sacudió la habitación. Fragmentos del metal encantado cayeron al mostrador frente al guardia, quien casi dio un paso atrás, pero se detuvo por puro instinto de supervivencia.

Vergil giró el cuello con un chasquido, como si acabara de deshacerse de una picazón molesta.

"Allí. Libre. "Una vez más", dijo, mientras dejaba con desdén los restos del collar en el mostrador. "Buena suerte, hombre. "Espero que tu sueldo valga el trauma"

Luego se dio la vuelta sin prisas, caminando por el pasillo como si no saliera de una prisión—pero como si acabara de salir de un descanso.

La puerta principal de la prisión se abrió con un crujido que sonaba más como un suspiro aliviado del propio infierno. Afuera, la oscuridad parecía respirar—pesada, viva, casi reverente.

Virgilio cruzó el umbral con pasos tranquilos, con las manos en los bolsillos de su abrigo recientemente recuperado, con la expresión aburrida como si





saliera de una sala de espera y no de una celda de máxima seguridad en el mismísimo infierno.

"Me siento como si estuviera en el tráiler de un partido famoso", murmuró.

Pero no dio dos pasos antes de darse cuenta.

El aire vibró.

Un segundo de silencio.

Y luego — shock. Movimiento. Impacto.

Tres presencias aparecieron como relámpagos, atravesando la atmósfera cargada a una velocidad absurda. Antes de que alguien pudiera reaccionar — antes de que Vergil pudiera siquiera terminar un pensamiento sarcástico— fue envuelto, aplastado y prácticamente arrojado hacia atrás por un trío que parecía más bien una tormenta emocional llena de pura fuerza bruta.



Ada lo abrazó primero, envolviendo sus brazos alrededor de su torso, con su rostro enterrado en su pecho como si intentara asegurarse de que fuera real. Roxanne vino justo después, agarrándole la cintura como un ancla—sin aliento, con el corazón acelerado, los ojos húmedos pero orgullosos. Y finalmente, Katharina, que saltó sobre su espalda como si fuera una niña que regresaba al regazo de su padre, gruñendo entre dientes:

"Si desapareces así otra vez, te mataré. De verdad esta vez."

Vergil se quedó quieto por un momento.



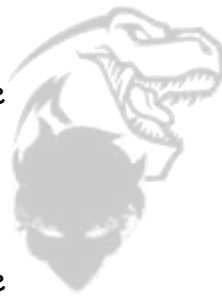
Brazos de acero a su alrededor, tres fuerzas imparables aplastándolo con más emoción que moderación, pero no mostró ninguna incomodidad. Al contrario— un suspiro apenas perceptible escapó de sus labios. ¿Alivio? ¿Orgullo? Algo intermedio. Quizás sólo... paz.

"Ustedes tres deberían ser clasificados como armas de asedio", murmuró, con ese ligero tono sarcástico que ocultaba más de lo que decía. "Pensé que estabas fuera de prisión, no en otra."

Roxanne lo golpeó suavemente en el hombro, sonriendo. "Cállate. ¡Te atreviste a ser arrestado y a mantenerte alejado de tus esposas, bastardo!

Ada levantó sus ojos rojos. "Pensábamos que..."

"No pienses eso." Interrumpió suavemente. "Estoy de vuelta. Y nada en este infierno puede derribarme."



Katharina se presionó más contra él. "Mentiroso. Sólo regresaste porque te lo permitieron. Sabemos cómo funciona."

Virgilio suspiró y, por primera vez ese día, levantó los brazos y devolvió el abrazo. Un brazo rodeaba a Ada y Roxanne a su lado, el otro sostenía firmemente a Katharina mientras aún estaba colgada.

—Sí... Pero incluso un rey necesita ser recibido por sus reinas Dijo finalmente.

Todavía envuelto en el abrazo del trío —tan feroz como reconfortante—, Vergil inclinó la cabeza hacia un lado, mirando por encima del hombro con un arco de ceja que ya tenía la siguiente ironía en los labios.



"¿Sois vosotros los únicos que vinisteis a buscarme?" preguntó, con ese tono perezoso y burlón que reservaba sólo para aquellos en quienes confiaba. "Pensé que mi madre iba a venir. Después de todo... todo es culpa suya."

El silencio cayó como una espada.

Ada se alejó primero, no demasiado lejos, pero lo suficiente como para que él viera la sombra de tensión en sus ojos.

Roxanne miró hacia un lado, con los brazos todavía cruzados detrás de su espalda, como para mantenerlo en su lugar —no por necesidad, sino por miedo a que se evaporara.

Katharina, colgada de su espalda como una cola enojada, resopló.

"Ella nos envió", dijo Katharina secamente. Dijo que estaba solucionando muchos problemas... Deberíamos hablar más tarde. "Vamos a casa."



Vergil no respondió de inmediato. Él simplemente se quedó allí parado, quieto. El silencio que lo rodeaba era más pesado que cualquier palabra. Su mirada cayó sobre Roxanne.

"... ¿Qué pasó?" preguntó directamente, mirándola con esa peligrosa calma. "Me lo vas a decir."

Roxanne miró hacia otro lado. Luego lejos otra vez. Y otra vez. Virgilio sonrió —como un cazador que observa a su presa fingir que no está acorralado.

Cruzó los brazos.





"Batido de chocolate... con salsa de caramelo... y esa crema batida ridículamente alta", dijo, como si recitara una contraseña arcana.

Roxanne se mordió el labio.

"Ah, y por supuesto... pastel de zanahoria con glaseado de chocolate y chispas crujientes" Continuó, casualmente.

Ella tembló. Casi. Sólo un empujón más.

"Helado de cuatro sabores", murmuró como una dulce amenaza. Masa crujiente, salsa de chocolate caliente... y esas encantadas virutas de azúcar que siempre finges que no te gustan, pero te comes el frasco entero en secreto

„Vergil..."

"Dulce de leche. Rollo suizo de fresa. El pudín dimensional de tu abuela..."

"iiiBASTA!!!" Roxanne gritó, levantando los brazos, roja hasta las orejas. "La Reina Bruja quiere conocerte, ¡ALLÍ LO DIJE! iiiDEJA DE BURLARTE DE MÍ!!!"

